

esta razon se dió el nombre de Valois á los Príncipes descendientes de él, aunque provenian de la rama de Orleans. No se dudó que continuaria las empresas de su predecesor, cuando con el título de Rey de Francia tomó tambien el de duque de Milán, por parte de su muger Claudia, Princesa de Francia, que descendia, como su padre Luis XII, de Valentina Visconti. Lleno el jóven Monarca de fuego y de valor, y dotado de una fuerza extraordinaria, y de una destreza igual en los egercicios militares, no le lisongeaba la potestad suprema, sino en cuanto le proporcionaba medios para intentar y egecutar grandes cosas. Sus inclinaciones generosas, su noble ingenuidad, su franqueza y modales afables, le grangearon el amor de todos los grandes. Tenia tambien aquella estension y elevacion de talento que acompaña á la inclinacion á las letras, y se aumenta con su cultivo. Con tantas bellas cualidades, no podia menos Francisco I de empezar una carrera brillante. Lo primero que hizo, fue renovar y confirmar todas las alianzas de su predecesor, y entró inmediatamente en Italia, pasando por Saboya, que estaba entonces muy unida con la Francia, y por otra parte no tenia plazas fuertes que pudiesen estorbárselo. Al mismo tiempo logró que se pusiese á sus órdenes el general español Pedro de Navarra, que despues del gran Gonzalo, era reputado por el mejor militar de su siglo. Navarra se habia hecho particularmente célebre con la invencion de las minas, de las cuales hizo el primer uso en Nápoles, para el sitio del castillo del Huevo. A fin de

proporcionarse el Rey Francisco la suma de dinero que necesitaba, hizo venales los empleos de la judicatura por consejo del canciller de Prat, el cual le persuadió tambien que podia aumentar los impuestos, y cargar nuevas contribuciones sin anuencia de las córtes, y contra el órden antiguo del reino. ¡ Tales son los frutos del espíritu de conquista, aun quando los Reyes son buenos!

41. Antes del fallecimiento de Luis XII se habia celebrado, á 5 de Mayo del año anterior, la sesion nona del concilio de Letrán, en la que se trató principalmente de la reforma, como tambien en la décima. El Papa dió principio á ella absolviendo á los prelados fautores del concilio de Pisa, los cuales trataban, segun la promesa del Rey, de obedecer á la citacion romana, y estaban detenidos en el camino por el temor de caer en manos de los enemigos de Francia; pero se les habia mandado que pasasen á Roma lo mas pronto que les fuese posible. Se hizo despues, para la reforma de la curia pontificia, un decreto muy estenso, pero poco satisfactorio para Francia y Alemania, pues apenas se tocaban en él los motivos de queja que tenian estas dos potencias (1). Sus disposiciones mas notables se reducian á que no se eligiesen obispos antes de la edad de veintisiete años, ni abades antes de los veintidos; que no se depusiese á ningun prelado sin haber oido á las dos partes; que nadie pudiese ser trasladado contra su voluntad de un beneficio á otro; que solo se diesen

(1) *Conc. t. 14. p. 219. &c.*

encomiendas en cuanto fuesen necesarias para conservar los derechos de la santa Sede; que los curatos y las dignidades que no llegasen á doscientos ducados de renta, no se diesen en encomienda, ni aun á los cardenales; que no se hiciese ninguna desmembracion ni union de iglesias, sino por una causa razonable, espresada en el derecho; y en fin, que no se concediese dispensa para poseer mas de dos beneficios incompatibles. No se habia llegado todavía á la regularidad primitiva, como lo acredita este último artículo; pero á lo menos se iban acercando á ella, y se preparaba el camino para aquella pureza de disciplina, cuya restauracion estaba reservada á la sabiduría y á la autoridad indisputable del santo concilio de Trento.

En la sesion décima, celebrada á 4 de Mayo de 1515, se examinó lo concerniente á los montes de piedad para socorrer á las personas necesitadas, tomando la seguridad de quedarse interinamente con algunas prendas, que debian venderse si no se devolvía el dinero en el tiempo prefijado; y se decidió, que semejantes préstamos no eran usurarios, porque todo lo que producian además del capital, se invertia en la conservacion de aquellos establecimientos (1). Manifestando despues el concilio cuánto deseaba que se aumentasen los fondos de un modo absolutamente gratuito, nos da á entender, que, á pesar de su utilidad indubitada, no dejaban de tener tambien algun peligro, á lo menos por el egeemplo que se daba en

(1) *Ibid.* p. 249. et seq.

ellos: porque en tratándose de codicia, es cosa averiguada que los mejores establecimientos están espuestos á imitaciones viciosas.

Por otro decreto relativo á la libertad eclesiástica y á la dignidad episcopal, se manda, que los cabildos esentos no puedan valerse de esta prerogativa para vivir con menos regularidad, ni para eludir la correccion de sus superiores naturales; que aquellos á quienes la santa Sede habia dado esta comision, usasen de vigilancia, y cuidasen de castigar á los delincuentes; que si dejasen de egecutarlo, se lo advirtiesen en primer lugar los ordinarios; y que si despues de esto no cumpliesen todavía con su obligacion, les formasen causa los mismos ordinarios, y la remitiesen á Roma. Se permite á los obispos diocesanos visitar una vez al año los conventos de monjas, sujetos inmediatamente á la santa Sede; y se declaran nulas todas las esenciones que se concedan en lo sucesivo sin justas causas, y sin haber oido antes á las personas interesadas. En cuanto á los pleitos concernientes á los beneficios, si éstos no son reservados, y su renta no pasa de veinticuatro ducados, se manda que se decidan en primera instancia por el ordinario, y que no se apele de esta decision hasta que haya sentencia definitiva, á menos que una de las partes tema justamente el peso de la autoridad y del favor, ó tenga alguna razon equivalente, de la que pueda presentar una probanza semiplena distinta del juramento.

La renovacion de las letras y la invencion de la imprenta, que estaba ya estendida por todas partes,

dió motivo á que se formase otro decreto. Se prohibe imprimir ningun libro sin que se examine primero en Roma por el vicario de su Santidad y por el maestro del sacro palacio; y en los demás parages por el obispo diocesano, ó por el inquisidor del distrito, los cuales pondrán en él su aprobacion, firmada de propio puño, pena de excomunion, que se fulminará sin demora alguna. Hubo tambien, con motivo de la pragmática sancion, otra especie de decreto, que contenia una citacion perentoria y final, cuyo término era el dia primero de Octubre para todos los obispos, abades y demás eclesiásticos de Francia implicados en aquel negocio; añadiendo, que pasando el tiempo prefijado, se procederia á dar sentencia definitiva, y serian condenadas como contumaces las personas interesadas: lo que se verificaria en la sesion siguiente.

42. Antes que llegase el término de esta amenaza, prosperaron en Italia las armas francesas de tal modo, que entró en mucho cuidado el Pontífice, cuando ya solo trataba de amenazas. Despues de haber prometido al Rey que permaneceria neutral en la guerra del Milanésado, acababa de coligarse contra él con el Emperador, con el Rey Católico, con el duque de Milán y con los suizos, y habia hecho todo lo posible para separar de los franceses á los venecianos y á todos sus aliados. Despreciando el jóven Monarca todos los peligros, y desbaratando todas las tramas con su celeridad, atravesó los montes, y penetró hasta las puertas de Milán, antes que el egército del

Papa y el del Rey Católico se hubiesen unido con los suizos, los cuales vinieron á hallarse en la precision de defender casi por sí solos al duque Maximiliano Sforzia. No desmayaron por esto, antes bien estimulados de la esperanza de vencer ellos solos á un gran Rey, viendo por otra parte que sus tropas, que pasaban de cuarenta mil hombres, se hallaban en estado de medirse con el egército francés, que no era muy superior á ellas, y cediendo á las fuertes instancias del cardenal de Sion, enemigo entusiasta de los franceses, el cual no cesaba de traerles á la memoria el título, que tenian entonces bien merecido, de defensores de la santa Sede, y la batalla de Novara, presentada con menos esperanza, y ganada con mas gloria, se acercaron tan confiados y resueltos como si fuesen á una victoria segura, aunque con poco ruido, y sin pífanos ni tambores, á fin de sorprender al enemigo, y trabar prontamente la refriega con las tropas de á pie, porque tenian muy poca caballería. Apenas habia entrado en accion el egército del Rey, cuando se precipitaron con furor adonde estaba su artillería, con ánimo de asestarla contra las tropas de á caballo. El condestable, que mandaba la vanguardia, sostuvo su ímpetu hasta que acudió el Rey á socorrerle con el cuerpo de batalla. Dando ejemplo á todos el jóven é intrépido Monarca, queria que le conociesen por la cota que llevaba, sembrada de flores de lis de oro, y por la corona que sobresalía por encima del morrion. Acometió, yendo delante de sus tropas de caballería, penetró hasta el centro de los

batallones , hizo una carnicería horrible , y recibió muchos golpes que no pasaron de la armadura que le defendia. Fue muy sangriento el combate , pues llegó á hacerse general , peleando todos con furor y obstinacion. Despues de cinco horas de pelea se retiraron los combatientes , porque la obscuridad de la noche no les permitia conocerse unos á otros. Hubo pues una suspension que cesó muy en breve , como que era violenta y forzada por una y otra parte. El Rey pasó la noche encima de una cureña , sin quitarse las armas , y durmió con una seguridad profunda un sueño tan digno de un héroe , como el lecho que habia escogido.

Al despuntar el dia , empezó de nuevo la batalla con mas furia que el dia anterior , y duró cuatro horas sin que se decidiese todavía la victoria. En fin , desesperando los suizos de adelantar nada por el frente , hicieron un movimiento para embestir por la retaguardia. Entonces fueron desbaratados por el duque de Alenzon , y haciendo el Rey en el mismo instante unos esfuerzos prodigiosos , los desbarató tambien por otro lado con ochocientos hombres de á caballo. Desde aquel punto se batieron en retirada , aunque con bastante buen orden y en tal disposicion que , habiendo querido perseguirlos Alviani , advirtió muy pronto que los que cedian el campo á los franceses no temian las lanzas italianas. Así se esplica el historiador de España (1); y sin embargo ha habido algunos autores italianos que han atribuido al general de

(1) *Marian. l. 30. n. 126.*

Venecia esta victoria memorable , que tomó el nombre de la aldea de Marignano , en cuyas inmediaciones se dió la batalla , á algunas leguas de Milán , en los dias 13 y 14 de Setiembre de 1515. Perdieron los suizos en estos dos dias quince mil hombres , y los franceses de cinco á seis mil de sus mejores tropas , con un gran número de oficiales de graduacion y de singular mérito.

Esta brillante espedicion con que principió Francismo I su carrera , difundió por todas las cortes la admiracion de su valor y de su buena fortuna. El Papa , que habia negociado con tanto artificio para frustrar los intentos del Rey , no sabia que hacerse. Ya no era tiempo de intrigas ni de enredos. El vencedor se hallaba en los límites de Toscana , y podia oprimir á los Médicis sin dificultad ninguna. Desde allí no habia que hacer mas que una escursion para entrar en los estados de la Iglesia , de suerte , que la política de Leon X se vió precisada á aplaudir un triunfo que le llenaba de despecho , y á felicitar con los demás Príncipes de Italia á un Rey que no hallaba ya ningun obstáculo en aquel pais. Por fortuna reunia este héroe con las virtudes marciales los sentimientos superiores de la fe cristiana , y tenia un respeto sincero á la Religion y á sus ministros. Considerando por otra parte cuanto influia el Papa , juntamente con los florentinos , en el sistema de los asuntos de Italia , recibió á su nuncio con mucha bondad y distincion , se mostró muy dispuesto á admitir cualquier composicion que fuese razonable , y

concluyó desde luego un tratado preliminar sobre puntos de discusion muy importantes. Quedaban todavía por arreglar otros muchos artículos, especialmente en materias eclesiásticas; lo que dió motivo á pensar en una conferencia entre el Papa y el Rey, y se acordó que se abocarían en Bolonia.

43. Movidos los cardenales de cierta delicadeza escesiva, y aun poco juiciosa en aquellas circunstancias, no aprobaban que hiciese un viage el Padre Santo para ir á verse con el Rey (1). Pero Leon X que alcanzaba mas que todos ellos, y conocia mejor que nadie los derechos de la tiara, juzgó de distinto modo y con mucho acierto, pues evitó con su prudente conducta el fatal extremo á que se habia reducido Alejandro VI por esperar en Roma al Rey Carlos VIII con su ejército. Fue el Papa el primero que se puso en camino para Bolonia, cuyos habitantes, por efecto de una adulacion, en que seguramente habia mas simpleza que impiedad, le enviaron un pálio magnífico para su persona, y otro muy inferior para el Santísimo Sacramento, que se llevaba delante de él, segun la costumbre de los Papas cuando van de viage. Pero Leon destinó su pálio al Santísimo, y no quiso ninguno para sí.

Nombró el Pontífice dos cardenales para que fuesen á las fronteras de los estados de la Iglesia á recibir al Rey, y otros cuatro prelados para que se adelantasen con el mismo objeto hasta las cercanías de Parma. Salió Francisco con una escolta de seis mil soldados

(1) *Rain. ann. 1515. n. 24. et seq.*

alemanes pagados por él, y de mil y doscientos franceses; pero para entrar en Bolonia no quiso mas gente que su guardia regular y los criados que necesitaba. Allí le estaban esperando veinte cardenales, vestidos todos de púrpura y presididos por el decano: y despues de haberle hecho una arenga en que la elocuencia italiana no dejó de prodigarle los elógios, le condujeron, al son de mil instrumentos y de las campanas de toda la ciudad, por en medio de un gentío inmenso que habia á una y á otra acera de las calles, sin ningun desorden ni confusion, hasta la habitacion que le estaba preparada en el mismo palacio en que residia el Papá. Fue aun mas vistoso el espectáculo cuando, despues de comer, le introdujeron en el consistorio, donde se presentó un Rey, que á los veintidos años era mirado ya como un héroe, y uno de los Papas mas célebres á la edad de cuarenta. Habiendo hecho el Rey el debido acatamiento al Sumo Pontífice, le dijo con semblante risueño: „Padre Santo, tengo mucho gusto de ver cara á cara al Sumo Pontífice, al Vicario de Jesucristo. Yo soy hijo y siervo de vuestra Santidad, y estoy pronto á obedecer todas sus órdenes.” Leon X, que entre todos los hombres de su siglo era el que se esplicaba con mas nobleza, y hacia particular estudio en usar siempre de palabras halagüeñas con cuantos andaban á su lado, se valió de este talento en una ocasion en que su cortesanía podia ser tan útil á su política.

En la celebracion solemne de los santos misterios, que muy rara vez omitian los Papas cuando eran

visitados de los Reyes, no se contentó el Monarca francés con tributar al Pontífice los honores acostumbrados, sino que al ir el Papa á su trono para tomar allí los ornamentos pontificales, se empeñó el Rey en servirle de caudatario, por mas que hizo Leon para impedirselo. Francisco respondió á todo, que tenia á mucha honra en servir al Vicario de Jesucristo, aunque fuese en la cosa mas mínima. Aunque se le habia puesto una silla, no quiso hacer uso de ella, y se estuvo de pie hasta la consagracion, del mismo modo que los officiantes, poniéndose luego de rodillas, y permaneciendo en este estado hasta la comunión, con el mayor recogimiento y compostura. Eran tantas las personas que quisieron comulgar de mano del Papa, que fue preciso apartar la turbamulta, para que solo se acercasen los mas distinguidos: lo que dió motivo á un oficial francés para decir á voces: „Padre Santo, pues no tengo la fortuna de recibir la comunión de vuestra Santidad; pero no pudiendo deciros mi pecado al oído, os declaro públicamente que he peleado con toda mi fuerza contra el difunto Papa Julio. En verdad (replicó el Rey con su viveza é ingenuidad natural) que me hallo yo en igual caso: y la mayor parte de los que le acompañaban hicieron igual confesion. No estrañeis, Padre Santo (continuó el Príncipe), que hayamos resistido al Papa Julio, porque era nuestro mas furioso enemigo, y en mi vida he visto hombre mas terrible en los combates. Mas á propósito era para mandar egércitos, que para ocupar

la Silla de San Pedro.” Leon X les concedió inmediatamente la absolucion de las censuras en que pudiesen haber incurrido. Por este solo rasgo se puede ver hasta qué punto honraban los Monarcas franceses á los Sumos Pontífices, en medio del fuego de la edad y del entusiasmo de la victoria. El carácter de Francisco I no permite dudar que este Príncipe seguia los movimientos de su corazón y los verdaderos sentimientos de su Religion, sin embargo de que trataba con un Papa que le habia dado justos motivos de queja, y de que no se hallaba ya en disposición de temerle.

44. Con el talento que tenia Leon X para insinuarse, logró en esta conferencia todo lo que quiso, á pesar de la suerte contraria de las armas. Dejando á un lado las ventajas temporales, que nada tienen que ver con nuestro objeto, tuvo la felicidad de esterminar la hidra formidable que veían las imáginaciones ultramontanas en la pragmática-sancion. Conferenciando Francisco I con Leon X, le suplicó que suspendiese sus procedimientos y los del concilio de Letrán contra aquel célebre decreto. Pero el sagáz Pontífice, sin contradecirle abiertamente, le propuso que seria mejor hacer un nuevo reglamento que dejase satisfechos á los dos partidos. Agradó al Rey este arbitrio, y nombró desde luego para su egecucion al canciller de Prat, que estaba ya prevenido; despues de lo cual salió de Bolonia sin esperar la conclusion ni los incidentes que podian sobrevenir, y sobrevinieron efectivamente muy en breve. Apenas estaba